

Zia Haider Rahman
A la luz de lo que sabemos



ZIA HAIDER RAHMAN

A la luz de lo que sabemos

Traducción de
Vicente Campos

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *In the Light of What We Know*
Traducción del inglés: Vicente Campos González

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre 2016

© Zia Haider Rahman, 2013
Reservados todos los derechos

© de la traducción: Vicente Campos, 2016

Se reproducen las siguientes citas de otras obras:

extracto del poema «Entierro en casa» («*Home Burial*») de *The Poetry of Robert Frost*, editado por Edward Connery Lathem © Henry Holt and Company, 1930, 1939, 1969

© Robert Frost, 1958, © Lesley Frost Ballantine, 1967. Autorización concedida por Henry Holt and Company, LLC, reservados todos los derechos; extracto de «Little Gidding» de *Cuatro Cuartetos*, de T. S. Eliot © T. S. Eliot, 1942

© Esme Valerie Eliot, renovado en 1970. Reproducción autorizada por Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company, reservados todos los derechos; extracto de «Amor sin fin» («*Unending Love*») de *Rabindranath Tagore: Selected Poems*, traducido al inglés por William Radice (Penguin, 1985) © William Radice, 1985

Fotografía de la p. 552: Albert Einstein y Kurt Gödel paseando

© Leonard Mccombe/The LIFE Picture Collection/Getty Images

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García

Impresión y encuadernación: Sagrafic

Depósito legal: B. 16103-2016

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-48-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Lily

Nuestra dedicación a la historia, según la tesis de Hilary, era una dedicación a imágenes prefabricadas, grabadas ya en el interior de nuestras mentes, a las que no hacemos más que mirar mientras la verdad se encuentra en otra parte, en algún lugar apartado, todavía no descubierto por nadie

–W.G. SEBALD, *Austerlitz*¹

1. Traducción de Miguel Sáenz, Anagrama, 2001.

Llegada o mal comienzo

El exilio es algo curiosamente cautivador sobre lo que pensar, pero terrible de experimentar. Es la grieta imposible de cicatrizar impuesta entre un ser humano y su lugar natal, entre el yo verdadero y su verdadero hogar: nunca se puede superar su esencial tristeza. Y aunque es cierto que la literatura y la historia contienen episodios heroicos, románticos, gloriosos e incluso triunfantes de la vida de un exiliado, todos ellos no son más que esfuerzos encaminados a vencer el agobiante pesar del extrañamiento. Los logros del exiliado están minados siempre por la pérdida de algo que ha quedado atrás para siempre.

—EDWARD W. SAID,
*Reflexiones sobre el exilio*¹

De niño, sentía pasión por los mapas. Me pasaba horas enteras mirando Sudamérica, África o Australia, y me sumía en ensoñaciones sobre las glorias de la exploración. En aquellos tiempos había muchos espacios en blanco en la tierra, y cuando daba con uno que me parecía particularmente atractivo en un mapa (y todos lo parecían), ponía el dedo encima y decía: «cuando crezca, iré ahí».

—JOSEPH CONRAD,
El corazón de las tinieblas

No figura en ningún mapa, los lugares verdaderos nunca aparecen en ellos.

—HERMAN MELVILLE,
Moby Dick

1. Traducción de Rosa Gallego, Debate, 2013.

A primeras horas de una mañana de septiembre de 2008, apareció en el umbral de nuestra casa en South Kensington un hombre de tez morena, demacrado y harapiento, cuyos pómulos sobresalían de una barba descuidada. Rondaba los cuarenta y muchos o quizá los cincuenta y pocos, me pareció, y debía de medir poco más de no ochenta, un par de centímetros menos que yo. Llevaba una chaqueta Berghaus cuyos cierres de velcro colgaban sueltos y las mangas le dejaban las muñecas al descubierto, revelando una franja de piel más pálida por encima de la mano derecha, donde debía de haber llevado un reloj. Sus desgastadas botas de excursionista iban atadas con cordones desaparejos, y de los bolsillos abultados de los pantalones *cargo* asomaban las puntas de objetos inidentificables. Llevaba una pequeña mochila, y uno de los extremos de una bolsa de lona se apoyaba contra la puerta.

El hombre parecía un tanto alterado y hablaba, en su estado, no de manera incoherente, pero sí con una seriedad chirriante, sin conceder la menor importancia a las presentaciones, como si reanudara una conversación interrumpida. Transcurrieron unos momentos sin que yo interviniera mientras procuraba identificar algo de su aspecto que me resultaba familiar, pero lo que de repente me paralizó fue un nombre alemán que no había oído desde hacía casi dos décadas.

En aquel momento, los detalles de esos instantes no se grabaron de manera individual en mi conciencia; sólo más tarde, cuando empecé a consignarlos por escrito, cedieron al empeño de la memoria. Había pasado mi vida profesional en las finanzas, un trabajo en el que cuentan las sutilezas, como los pequeños movimientos en los tipos de cambio de los que podía depender la suerte de millones de dólares, de libras o de yenes. Pero me parece pertinente reconocer que, sea cual sea el éxito profesional que haya tenido –sea cual sea el que *hubiera tenido* hasta entonces– no se debe tanto a mi atención al detalle, que es una cualidad bastante frecuente en el sector financiero, cuanto a una comprensión de la imagen de conjunto en la que emergen pautas generales y se hacen visibles oportunidades de negocio completamente nuevas. Pero al enfrentarme a la tarea de reproducir mis conversaciones con Zafar, de recopilar y presentar todo el material que me aportó, incluidos numerosos cuadernos de notas largos y puntillosos, y de investigar por mi cuenta donde fuera necesario, ha sido la cuestión de representar los detalles lo que

más trabajo me ha costado, los detalles, para ser preciso, de su historia, que es –a riesgo de expresarlo en términos tan melodramáticos que el propio Zafar los habría reprobado– un relato que cuenta la descomposición de varias naciones, la guerra en el siglo XXI, la entrada por matrimonio en la aristocracia inglesa y las matemáticas del amor.

No había oído el nombre del matemático austroamericano del siglo XX Kurt Gödel desde un fin de semana de julio en Nueva York, a principios de la década de 1990, cuando había ido de visita desde Londres para pasar un mes de formación en la sede central de un banco de inversiones que me había contratado hacía poco. En parte, le debo la contratación por aquella firma, de la que más tarde me convertiría en socio, a Zafar, que ya era un operador de derivados en las oficinas que tenía el banco en Wall Street y que se había ganado rápidamente una reputación como brillante aunque imprevisible genio de las finanzas.

Como Zafar, yo era estudiante de matemáticas en Oxford, pero, por decirlo suavemente, ahí era donde empezaba y acababa cuanto teníamos en común. Mis orígenes eran los de un privilegiado. Mi padre nació en el seno de una familia terrateniente acomodada de Pakistán, donde conoció y se casó con mi madre. De allí, los recién casados fueron a Princeton, donde nació, lo que me convirtió en ciudadano americano, y donde mi padre obtuvo su doctorado antes de instalarse en Oxford para ocupar una cátedra de física. No soy ningún genio y sé que, sin la mejor educación inglesa, no habría podido aprovechar como lo he hecho las oportunidades que se me fueron presentado.

Por su parte, Zafar llegó a Oxford en 1987, con una peculiar educación, en gran medida improvisada sobre la marcha con su propio esfuerzo, tras haber abandonado por aburrimiento, o por acoso, una escuela tras otra. Su familia emigró a Gran Bretaña cuando no tenía más que cinco años, pero luego, a los doce, o a los diez, según el nuevo recuento, él dejó Gran Bretaña para regresar al Bangladés rural durante unos años.

A él, con su mero acceso a Oxford debía de parecerle, como suele decirse, que había llegado muy lejos. Durante nuestro primer trimestre allí, mientras pasábamos el rato en la Sala de estudiantes

junto a las ventanas que daban al jardín del patio, noté que la pronunciación de Zafar de los nombres de varios matemáticos contiguos –Lebesgue, Gauss, Cauchy, Legendre y Euler– era incorrecta hasta lo grotesco. Aunque mi primera reacción, me avergüenza un poco reconocerlo, fue que me pareció gracioso, no tardé en darme cuenta de que los errores de Zafar indicaban que su aprendizaje había sido autodidacta, a diferencia del mío, que llevaba la impronta de excelentes maestros. Debo admitir que sentí cierta envidia por entonces.

No obstante, la mayor diferencia entre nosotros, cuya importancia no descubrí hasta dos años después de nuestro primer encuentro, radicaba en nuestras clases sociales. Como he mencionado, mi padre era profesor en Oxford, y mi madre, tras mandar a su único hijo a la universidad, había vuelto a ejercer como fisioterapeuta, y se había sumergido en el reciclaje necesario para ponerse al día y recuperar el tiempo perdido durante los años que se había dedicado a criarme. Mi abuelo materno había sido embajador de Pakistán en Estados Unidos y se había movido en los círculos cosmopolitas de la élite de ese país; su mejor amigo había sido Muhammad Asad, el embajador paquistaní en la ONU desde poco después de 1947, un hombre cuyo nombre original era Leopold Weiss, judío austrohúngaro nacido en lo que hoy es Ucrania. Por la rama paterna, mi abuelo era un industrial cuya fortuna familiar, basada en propiedades y arrendamientos de tierra, incrementó con los beneficios de empresas de transportes.

A lo largo del curso, Zafar vino más de una vez a comer a casa de mis padres, una mansión victoriana de tres plantas con fachada a la calle, como muchas en esa zona de Oxford, aunque algo más espaciosa que los hogares de la mayoría de profesores. Hasta el día de hoy, cada vez que vuelvo allí, siento una paz de espíritu y una liviandad peculiares cuando recorro el amplio arco que traza el camino de entrada, mientras la grava cruje bajo mis pisadas, hasta la vidriera de la gran puerta de la fachada.

En su primera visita, Zafar se quedó en el umbral, limpiándose los pies una y otra vez, mientras sus ojos recorrían el gran salón de un lado a otro, con la boca ligeramente abierta. A todas luces, como suele pasarle a la gente, se había quedado pasmado ante la cantidad de libros que había por todas partes: estanterías colgadas allá donde lo permitían las paredes, volúmenes que se amontonaban por el

suelo, incluso dispuestos como acordeones en la escalera pegada a la pared. En la sala de estar, ejemplares antiguos de revistas y publicaciones científicas, suscripciones de mi padre, se acumulaban en archivadores en estanterías que rayaban las paredes como las líneas de un cuaderno de notas. Los ejemplares más recientes se desparramaban en pequeños montones en un aparador y por el suelo. Zafar lo recorrió todo con la mirada, pero ésta fue a fijarse en la pared del fondo, que estaba cubierta con la colección que tenía mi padre de mapas antiguos, colgados y enmarcados, del subcontinente indio durante el Raj británico, una región que hoy abarca desde Pakistán hasta Bangladés pasando por India. Zafar se acercó a los mapas y quedó claro que su atención se había concentrado en uno en concreto, un mapa de la esquina noreste del subcontinente. Transcurrieron los minutos mientras lo contemplaba en silencio. Sólo cuando llegó la hora de pasar al salón de verano para la comida y mi padre apoyó la mano en el hombro de Zafar, se despertó mi amigo de su intensa concentración.

Cuando salimos de casa, Zafar sugirió que, en lugar de coger un autobús, regresáramos andando a la facultad, y me pareció bien, dando por supuesto que él quería hablar de algo. El matemático Kurt Gödel acostumbraba a dar paseos, que emprendía al crepúsculo para volver pasada la medianoche, y descubrió que las mejores ideas se le ocurrían durante ese lapso. Albert Einstein, que sentía un profundo afecto por Gödel, y que estaba también en el Institute for Advanced Study de Princeton, decía que durante sus últimos años, cuando el matemático ya no estaba muy implicado en la investigación, iba diariamente al instituto sólo por el privilegio de regresar a casa andando con Kurt.

Creí que Zafar quería hablar, pero lo cierto es que permaneció en silencio todo el trayecto por Banbury Road. Tuve la sensación de que buscaba no tanto una forma de expresarse con palabras cuanto de aclararse las ideas. Me acordé del mapa que tan obviamente había atraído a mi amigo, y aunque quería preguntarle qué era lo que le había llamado la atención, era reacio a interrumpir su silencio contemplativo. Al llegar a Broad Street, cuando nos acercábamos ya a las puertas de la facultad, habló. Tienes que conocer a mis padres, dijo, ni una palabra más.

Transcurrió un año antes de que lo hiciera. El día que Zafar terminó sus exámenes finales, en dos años en lugar de en tres, cuan-

do a mí todavía me faltaba un año para presentarme a ellos, me comentó que sus padres llegaban a las siete y media la mañana siguiente. Me pidió que quedáramos en la entrada norte de la facultad, para ayudarle a cargar sus pertenencias, tras lo cual sería muy bienvenido, dijo, si les acompañaba a un café en Headington para desayunar algo, antes de que los tres, sus padres y él, emprendieran el viaje de vuelta a Londres.

A las siete y media del sábado, Oxford estaba, y espero que siga estando todos los sábados por la mañana, sumido en una quietud perfecta. Era raro que sus padres llegaran tan temprano, después de todo, el viaje desde Londres les habría llevado sólo una hora aproximadamente. La única explicación que se me ocurría era que Zafar se avergonzaba de ellos y no quería que otros los conocieran, y que por eso lo había organizado para que lo recogieran a esa hora.

Encontré a Zafar y a su padre cargando ya bolsas y cajas en un Datsun Sunny. Su padre, que lucía barba y llevaba gorro musulmán, unos cómodos Hush Puppies y un suéter verde de cuello de pico, me saludó con una sonrisa, ladeando lo cabeza en lo que pareció un gesto bastante respetuoso. *Asalaam-u-alaikum*, dijo, antes de ponerse a hablar en urdu, un idioma que yo sabía que los bangladesíes de cierta edad sabían hablar pero que, hoy en día, es, en general, el idioma de los paquistaníes. Supuse que Zafar le habría comentado que mi familia era de origen paquistaní. Cuando le respondí que mi urdu era muy pobre, el padre de Zafar pareció decepcionado, pero entonces me cogió la mano entre las suyas y, con bastante inseguridad, repitió *hello* unas cuantas veces.

La madre de Zafar, que estaba junto al coche con un sari añil que se había subido por encima de la cabeza, me saludó también con un *Asalaam-u-alaikum*, pero mostraba una seguridad en sí misma que no vi en el padre. Señalando a los edificios de piedra arenisca que nos rodeaban, algunos de los cuales llevaban ahí varios cientos de años, comentó lo viejo que parecía todo en Oxford. ¿Es que no podían pagar nada más nuevo?, preguntó con seriedad. Miré a Zafar, que, estoy convencido, había oído la pregunta, pero su mirada rehuyó la mía. Me di cuenta de que durante los dos años que había pasado en Oxford, una ciudad que estaba a menos de cien kilómetros de Londres, ésa era la primera vez que lo visitaban, y lo hacían la mañana que se iba sigilosamente de allí.

La pronunciación de sus padres de *Asalaam-u-alaikum* parecía bastante forzada, aunque pude reconocerla como la que adoptaban ciertos musulmanes piadosos, sobre todo muchos de los que han realizado la peregrinación, el viaje debido, a la ciudad santa de La Meca. Allí, entre una multitud de miles de musulmanes procedentes de todo el mundo, ese saludo adquiere supuestamente un significado especial como mediador en una Babel de idiomas: el nigeriano saluda al malasio y el blangadesí al uzbeko. Tal vez la pronunciación árabe de la expresión sea una afirmación del espíritu de fraternidad. Mientras estaba allí y Zafar y su padre acababan de cargar las últimas cajas, me pregunté si lo que le avergonzaba de sus padres era su religiosidad, aunque ahora sé, tras haberme enterado de algo del propio giro religioso que experimentó Zafar, que eso era improbable. Creo que aunque le avergonzaban sus padres, se avergonzaba todavía más de sentirse avergonzado.

Mi propio padre había alentado en mí cierta comprensión hacia las manifestaciones numinosas de la fe, aunque sin renunciar nunca a la autoridad de la ciencia. Es musulmán, mi padre, no un fanático, sino un creyente tranquilo. Siempre ha asistido a las oraciones de los viernes, que para él cumplen una función social y le ayudan a conservar un vínculo con sus raíces. Aunque algunas relaciones cedieron a la abrasión del tiempo y la distancia, de otras se apartó deliberadamente porque, explicaba, anhelaba ver a su hijo firmemente asentado en Occidente. Aparte del ritual de los viernes, mi padre no reza, ni siquiera una vez al día, mucho menos las cinco que manda el islam suní. Nunca ha llevado el gorro musulmán, mi padre, y nunca ha mostrado ni una pizca de arrepentimiento por beber alcohol. Sólo bebe de vez en cuando, «sin falta en los bautizos y los Bar mitzvás», le gusta decir. «Oh, mira –comentará al coger una botella de puro de malta de quince años del aparador–, este whisky sin duda se ha hecho mayor. Bauticémoslo en el nombre del padre y del hijo.»

Aparte de esas irreverencias que, todo hay que decirlo, siguen la estela de una larga tradición paquistaní que se remonta hasta el propio fundador del país, Jinnah, del que era bien conocida su que-
rrencia por el whisky, mi padre se describía entonces y se sigue describiendo ahora como creyente. Cuando una vez le pregunté cómo un físico podía creer en Dios, su respuesta fue que la física no podía explicarlo todo y no respondía a la pregunta: ¿por qué estas leyes y

no otras? Para él, no bastaba contemplar el mundo simplemente tal y como era. Yo tendría que decidir, me dijo, si la ciencia me bastaba.

Por su parte, mi madre sólo sentía desprecio por la religión. El islam, decía, oprimía a las mujeres y animaba a la gente a aceptar un destino terrible en el mundo a cambio de la promesa de un fantástico más allá de felicidad eterna. A ella no le iban esos opiáceos.

La madre de Zafar me interesó más que su padre. Mientras escribo estas páginas, recuerdo un artículo fascinante, que descubrí en una publicación en casa de mis padres y que ahora es fácil de conseguir en internet. El artículo, escrito por el primatólogo Frans de Waal, explica sus estudios del reconocimiento del parentesco entre los chimpancés. De Waal y su colega Lisa Parr, según el artículo, propusieron a sus sujetos chimpancés la tarea de relacionar retratos digitalizados de chimpancés hembras desconocidas con retratos de la progenie de éstas. Asombrosamente, descubrieron que los chimpancés eran capaces de vincular los rostros de madres e hijos y por tanto de establecer un reconocimiento de parentesco independientemente de la experiencia previa que tuvieran con los individuos en cuestión.

Si me hubieran propuesto la misma tarea, estoy convencido de que no habría sabido relacionar a Zafar con su madre, porque no veía que guardaran ningún parecido. En el aspecto de su padre reconocí una flacidez en la mirada, una redondez en la cara y una inclinación en la cabeza también presentes en Zafar. Pero su madre, con su mirada resuelta y penetrante, la cara enjuta y alargada y la boca tensa, me parecía completamente ajena a mi amigo.

Cuando nos topamos con un rostro, lo vemos como un todo mediante un proceso de integración de las partes que tiene lugar, según opinión de algunos científicos y médicos, en los nervios ópticos mucho antes de que haya llegado al cerebro cualquier información transmitida. Así, la abundancia de información, que de otro modo sería abrumadora, alcanza la retina y es destilada en ese tracto de fibras detrás del ojo hasta convertirla en una señal reconocible que nuestra inteligencia es capaz de absorber. Cuando vemos una hilera de letras, por ejemplo en el eslogan de una valla publicitaria, no podemos evitar leer la palabra, no vemos cada letra por separado, sino que, de forma instantánea, captamos la palabra completa y, además, su significado. Mientras yo estaba allí, aquella

mañana de junio en Oxford, el rostro de la madre de mi amigo no ofrecía ningún signo de semejanza con el de Zafar, como si sus respectivas caras fueran palabras escritas en idiomas distintos.

Siempre lamentaré haberme excusado para no acompañarles a desayunar a Headington. Por entonces, e inmediatamente después, me dije que había percibido que mi amigo, en el fondo de su corazón, no quería que fuera. Pero lo cierto es que yo mismo, para mi propia vergüenza, me sentía incómodo por lo que estaba pasando él. Más intensa aún fue la desconcertante sensación que tuve durante esos instantes de que se había abierto una brecha entre él y yo por razones que no era capaz de captar en todos sus matices. Desde aquel día, Zafar no volvió a mencionar a sus padres. Si la amistad tiene un precio, tal vez se trate de que en el fondo siempre hay un sentimiento de culpa. No niego que yo no haya sabido hacer ciertas cosas, que no haya sido capaz, por ejemplo, de ofrecer apoyo en momentos de necesidad, o de dar un paso adelante cuando es lo que debería hacer un amigo, que he fallado como amigo. Pero mis remordimientos por las cosas que no he hecho palidecen frente a mi sentimiento de culpa por un acto que sí cometí y sus consecuencias.

Aun así, no es sólo el sentimiento de culpa lo que me lleva a la mesa, a coger la pluma y enfrentarme a la historia de Zafar, a mi papel en ella y a nuestra amistad. Más bien, se trata de algo que no puede describirse ni de lejos con una palabra sino que, al menos eso espero, cobrará forma a medida que avanzo. Todo esto parece bastante pertinente –como debe– cuando recuerdo el tema de la antigua obsesión de mi amigo. Descrito como el descubrimiento matemático más importante del último siglo, es un teorema con el sencillo mensaje de que, por más lejos que podamos llevar nuestro conocimiento, no alcanzaremos los límites de lo que es verdad, ni siquiera en matemáticas. En cierto sentido, me he sentado para aventurarme por un territorio ignoto, sin la menor certeza de que pueda descubrirse algo.

Cuando apareció delante de mí en la entrada de nuestra casa, mi desaliñado amigo pronunció el nombre de Gödel con claridad y correctamente, y al instante recordé una luminosa tarde de domingo en Nueva York cuando le insinué que me había puesto a su altura en conocimientos matemáticos. Yo había dado por supuesto que

el dominio de las matemáticas de Zafar debía de haber flaqueado porque, tras licenciarse con las calificaciones más altas en Oxford, dejó por completo sus estudios en la materia, para sorpresa de propios y extraños, y se fue a hacer Derecho a Harvard, mientras que yo, por mi parte, tras acabar tercero y tomarme un año libre, proseguí con cursos de posgrado en economía y matemáticas aplicadas.

Aquel domingo de hace tantos años, la insinuación, mientras paseábamos por una calle de Greenwich Village flanqueada de árboles, dio lugar por su parte a lo que por entonces pareció la críptica respuesta de que las matemáticas estaban llenas de belleza. Me sentí obligado a preguntar cuáles creía él que eran las matemáticas más bellas que él se había encontrado, y tal vez era eso lo que pretendía, que le planteara esa pregunta, pero la verdad es que no puedo asegurarlo. El Teorema de Incompletitud de Gödel fue su respuesta, sin la menor vacilación, y aunque yo recordaba bien la formulación del teorema, no supe sin embargo adivinar por qué él lo consideraba especialmente hermoso. En cualquier sistema dado, hay enunciados que son ciertos pero que no puede demostrarse que lo son. Eso afirma el teorema. Así de fácil. En sus implicaciones, es un teorema chocante, por supuesto, y un tiempo después, es decir durante las semanas que siguieron a su reaparición repentina ante nuestra puerta, años después de aquel día de julio en Nueva York, Zafar me explicaría en términos sencillos por qué el Teorema de Incompletitud de Gödel le importaba tanto, y por qué, si se me permite introducir mi propia opinión, el mundo cometía una estupidez al no prestarle atención en una era de dogmas.

Caminando con él por aquella calle neoyorquina, pensé que tal vez esa belleza, tal como él la percibía, podría radicar en la demostración del teorema más que en su enunciado. Pero no recordaba la prueba del inquietante resultado de Gödel —no estoy ni siquiera seguro de que llegara a conocerla— y di por sentado que después de su alejamiento de las matemáticas unos años antes, Zafar también se habría olvidado de todo. Me equivocaba, claro, porque cuando le incité, él, al modo de un niño emocionado, empezó a construir una argumentación, colocando las piezas aparentemente irrelevantes del rompecabezas en todas las esquinas. Apenas encajadas unas pocas piezas, la imagen fragmentaria de una demostración se alzó hacia mí. Entonces capté cierta belleza, por desgracia tan incipiente que no puedo afirmar si en realidad la vi o si simplemente me había

dejado llevar por la euforia de mi amigo. Pero al poco, su animada exposición se interrumpió cuando nos encontramos con un colega y, por así decirlo, nos perdimos.

Paseábamos mucho por las calles de Nueva York, una ciudad a la que yo volvía por razones de trabajo casi cada mes, y también, más adelante, por las de Londres. Muchos de esos paseos perviven en la memoria, pero si alguno destaca sobre los demás, también hay razones para recordar otros dos.

El primero fue cerca de Wall Street y, aunque podría considerarse de poca importancia en lo que se refiere a la historia de Zafar, lo conservo como un buen recuerdo, pese a las circunstancias actuales. Durante la mayor parte del paseo, mi amigo me estuvo instruyendo, ayudándome a memorizar un poema de e. e. cummings, *en algún lugar al que nunca he viajado*, mientras hablaba de sus ritmos y cadencias y diseccionaba sus imágenes en una secuencia. Su memoria era un prodigioso almacén de poesía, y ese poema era su respuesta a mi petición de algunos versos con los que cortejar a la mujer que iba a convertirse en mi esposa.

El segundo paseo fue de una naturaleza completamente distinta, un paseo desconcertante, porque reveló una cara de Zafar de cuya existencia yo no tenía la menor idea hasta entonces, aunque ya lo conocía desde hacía casi una década. Fue en 1996, y mi esposa y yo nos habíamos instalado en nuestro nuevo hogar en South Kensington, mientras que Zafar había vuelto de Nueva York y vivía en Londres. Al final de la jornada laboral, con las corbatas desanudadas alrededor del cuello, quedábamos para tomar una copa rápida en un pub de Notting Hill, aunque nuestros encuentros se iban espaciando paulatinamente. Yo me tomaba unas cervezas y Zafar, como siempre, pedía una copa de champán. Su elección habría parecido bastante pretenciosa si no fuera porque él no sabía beber, no le gustaba mucho el alcohol y, además, como me explicó en una ocasión, el champán le resultaba agradable porque tenía toda la chispa de la limonada con gas sin los perturbadores efectos de ésta en su estómago. En la facultad, como era de esperar, su preferencia dio lugar a algunas burlas, pero quiero creer que, con el tiempo, su costumbre pasó a ser vista como una extravagancia encantadora.

Al cabo de una hora, salimos por Portobello Road de camino al cruce donde íbamos a separarnos; yo cogería un taxi de vuelta a

casa, y él iría a ver a Emily. Más tarde supe que los problemas con Emily ya pasaban por sus peores momentos entonces, y ahora me asombra pensar que, mientras estábamos sentados charlando en el pub, él no revelara nada de esas dificultades.

Íbamos caminando por la calle cuando una voz tronó: Eh, colega. Zafar y yo nos dimos la vuelta y vimos a dos hombres apoyados en una barandilla, mirándonos. Los dos llevaban las cabezas rapadas y tejanos, y los dos exhibían músculos de levantadores de pesas. El primero, el que parecía haber hablado, era unos centímetros más alto que el otro e iba sólo con una camiseta blanca, pese a la época del año, mientras que el segundo llevaba una chaqueta de cuero desabrochada, que no podía ocultar parte del sobrepeso alrededor de su tronco. El alto con camiseta blanca, obviamente el macho alfa de la pareja, fijó su atención en mi amigo. Una expresión de incredulidad apareció en la cara del hombre.

–¿Hablas inglés? –le preguntó a Zafar.

Zafar lo miró, volvió la cabeza hacia el hombre más bajo y luego, de nuevo, hacia el macho alfa, antes de responder con el acento inglés más puro y arrogante, simulado a la perfección:

–No sabe cuánto lo siento. Pero no hablo ni una palabra. Que tengan buen día.

Zafar me tocó el codo, nos dimos la vuelta y seguimos andando. A los pocos pasos, le pregunté en voz baja de qué coño iba todo eso. Cuando Zafar me respondió, me dijo que desde mi posición yo no había visto lo que él.

–¿Que era qué? –le pregunté.

–El hombro del hombre de la camiseta –dijo.

–¿El qué? ¿Que se la había arremangado hasta el hombro?

–Dejando al descubierto una esvástica y, debajo, el símbolo C18 –añadió.

Yo sabía qué significaba la esvástica, pero no tenía ni idea de qué era C18.

–C18 –me explicó Zafar– significa Combat 18. El 1 corresponde a la primera letra del alfabeto y el 8 a la octava.

–¿Y? –pregunté.

–AH son las iniciales de Adolf Hitler y Combat 18 es un grupo neonazi especialmente violento.

–Oh –dije sin ningún entusiasmo.

Tres manzanas más adelante, Zafar giró bruscamente y se metió en una callejuela que nos alejaba de Portobello Road, diciéndome que quería dar un rodeo. Me pareció raro, dado que él ya llegaba un poco tarde a la cena con Emily.

Cuando habíamos recorrido la mitad de la callejuela vacía, oí el ruido de pisadas sobre los adoquines, me di la vuelta y vi a los dos *skinheads*, que nos seguían. Zafar me dijo que no abriera la boca y se detuvo de golpe. Los hombres se nos acercaron.

–¿Te crees muy gracioso? –le dijo el hombre con la camiseta blanca a Zafar–. Eres un listillo, ¿eh?, sucio paqui de mierda.

–¿Es usted racista? –le preguntó Zafar.

–Y tú un repondón con labia, ¿a que sí?

Zafar no le contestó sino que se volvió hacia mí y dijo:

–¿Ves el hombro de este caballero?

Yo miré aquel hombro, y el hombre, el macho alfa, también. Se miró su propio hombro.

Y de repente el hombre estaba en el suelo. Se ahogaba, tosía y se atragantaba cogiéndose el cuello, mientras por la boca le salía un sonido ronco y espantoso.

El hombre con la chaqueta de cuero se quedó pasmado. Zafar le dijo que atendiera:

–Le he dado un puñetazo a tu amigo en el cuello –dijo Zafar–. Puedes optar entre pelearte conmigo o pedir ayuda y salvar a tu amigo.

El hombre no se movió.

–¿Tienes teléfono? –le preguntó.

El hombre asintió.

Zafar me tocó entonces el codo y seguimos camino por la callejuela, dejando a nuestras espaldas los doloridos jadeos del hombre tendido en el suelo y los balbuceos de su amigo al teléfono. Me quedé de piedra.

De vuelta en Portobello Road, le pregunté si creía que acudirían a la policía.

–En un tribunal, sería la palabra de dos trajeados y sumisos sudasiáticos, contra la de dos matones *skinheads*, uno de ellos con una esvástica y un símbolo de Combat 18 tatuados. ¿Qué iban a decir?, ¿que nosotros buscamos pelea?

Entonces nos separamos. Sólo más adelante, cuando las imágenes de aquella tarde vuelven a mi memoria, me planteé ciertas

preguntas. Zafar ¿había intentado evitar a los dos hombres o en realidad había buscado pelea?, ¿se había metido en la callejuela para eludir a los *skinheads* o para plantarles cara?

Aquella tarde de 1996, descubrí una cara de Zafar que era desconocida para mí. Pero no sabía cómo interpretarla. Lo que había sucedido parecía casi ridículo, pero era real. Si alguien me lo hubiera contado, no me lo habría creído.¹

Mientras escribo, me doy cuenta de que el regreso de Zafar aquella mañana de septiembre de 2008 no fue sólo bienvenida porque avivaba los rescoldos de nuestra temprana amistad, que nunca habían dejado de arder, sino también porque me daba la oportunidad de cambiar la obsesión que ocupaba mis propios pensamientos. No es fácil romper desde dentro los hábitos de pensamiento. La llegada de Zafar coincidió con una época de reflexión en mi vida, precipitada en cierta medida por las turbulencias en los mercados financieros y la amenazante perspectiva de verme convocado ante una comisión parlamentaria o del Congreso, todo lo cual me producía, en tanto socio *junior* de la firma, sensación de impotencia. Esas sensaciones, no me cabe duda, resultan desconocidas para muchos hombres y mujeres de mi trabajo, quienes, como los toreros, adquieren confianza en sí mismos sometiendo a la gran bestia, al toro o al oso, que es el mercado. Pero en 2008, mis sueños no tenían que ver con conseguir más riqueza sino con recuperar en lo posible el control en mi vida personal.

En gran medida, mi introspección se intensificó a la par que aumentaba la distancia entre mí y mi esposa, una mujer que ya no me despertaba ninguna pasión y a la que, en el fondo, me costaba respetar. Cuando la conocí, ella acababa de entrar en el mundo de las finanzas tras pasar un año enseñando en una escuela de un pueblo keniano cerca de Kisumu, en las orillas del lago Victoria. Por entonces hablaba mucho de aquellos niños, a los que estaba claro que amaba. Me habló de Oneka, de ocho años, que levantaba con valentía la mano para responder a una pregunta que ella había planteado a la clase y cuando ella lo veía y le hacía un gesto con la cabe-

1. El año siguiente, leí en la prensa la detención y posterior condena de varios miembros de Combat 18, aunque dos de sus cabecillas evadieron la justicia fugándose a Estados Unidos donde, curiosamente, pidieron asilo político.

za, el pequeño Oneka decía: *No lo sé*. Se refería a los niños por sus nombres, les mandaba postales, y me contaba lo mucho que le gustaría volver y pasar más tiempo allí, que iba a ir apartando un poco de lo que ganara en las finanzas para conseguir la libertad y hacerlo pronto. A medida que nuestro amor florecía, se convenció de que, cuando llegara la hora, me persuadiría para que la acompañara. Pero, quince años más tarde, su idealismo se había difuminado y se dedicaba a las finanzas con el vigor del converso. La última vez que nuestra conversación había tocado, apenas rozado, el tema de la época que había pasado en África, de sus sueños de entonces, percibí en sus ojos una mirada de vergüenza. Si esa incomodidad se hubiera debido al fracaso de su sueño de volver con aquellos niños, yo la habría consolado con ternura: ¿no se dice que cuando los mortales hacen planes, los dioses se ríen? Pero lo que vi era que su incomodidad se debía a haber sido alguna vez tan idealista, era un gesto de menosprecio a su propia ingenuidad.

Las estadísticas frías e insensibles nos dicen que ahora es tan probable que los matrimonios acaben en divorcio como que no. Muchos de nuestros amigos estaban separándose o ya se habían divorciado, pero mi esposa y yo nos habíamos considerado desde hacía mucho protegidos contra los malos vientos que estaban alejando a tantas parejas a nuestro alrededor. Incluso nos consolábamos con historias inventadas pero inspiradas en hechos reales sobre cómo esos matrimonios fallidos estaban condenados desde el principio, que esta pareja divorciada no compartía los suficientes intereses, o que aquella otra estaba perdida de antemano por una rivalidad que nos parecía haber detectado desde el primer momento.

La razón de nuestra fe en la perdurabilidad de nuestra vida en común, para mí está muy claro ahora, se asentaba en el valor que concedíamos a la afinidad y semejanza de nuestros orígenes culturales. Mi esposa y yo éramos ambos hijos de inmigrantes paquistaníes, musulmanes, y teníamos fe en que nuestra unión era la unión de algo más grande que nosotros mismos, que sobreviviría, incluso florecería, debido a una historia de generaciones que se entretecía en nosotros. Nunca imaginamos que la fuerza de nuestra fe hubiera sido simplemente fruto del deseo personal.

Semanas de cavilaciones habían alimentado un creciente temor a lo que depararía el futuro, así que la reaparición de Zafar supuso un alivio y una distracción, aunque más tarde acabaría siendo mu-

cho más que eso. Verlo de nuevo restauró en mí el sentido de una continuidad con algo anterior a mi matrimonio, anterior incluso a mi trabajo, un periodo de posibilidades sin límite. Sentí un renacimiento de cosas olvidadas a lo largo de los años de agotadora dedicación a los agobios profesionales mientras observaba cómo la vida se alejaba del hogar. Verlo bastó para desatar en mí una tormenta eléctrica de asociaciones que habían permanecido latentes durante años, y recuperé la renovada sensación de belleza atemporal que había conocido durante mis estudios. Las matemáticas, como había dicho Zafar hacía muchas lunas en Nueva York, no podían repetir su propia belleza.

En aquellos tiempos me había parecido extraordinario que mi brillante amigo hubiera optado por abandonar su carrera en matemáticas para ponerse a estudiar Derecho, y cuando una vez le pregunté por qué había cambiado el chip tan abruptamente, me respondió simplemente que podría ser interesante. Kurt Gödel había derivado hacia la locura a lo largo de su vida, y cerca ya de su final confiaba a su paciente esposa la tarea de probar primero lo que iba a comer él por temor a ser envenenado, de manera que cuando ella cayó gravemente enferma y ya no pudo realizar esa función, Gödel murió de hambre. Creo que Zafar tuvo cierto presentimiento de la locura que podría aguardarle en las matemáticas, aunque ese peligro, ahora lo sé, nunca le abandonó del todo. De manera que ahora veo así a mi amigo: un ser humano que huye de fantasmas mientras persigue sombras. Eso también explica los vaivenes de su vida laboral, unos cambios de dirección que yo iba a observar en su mayor parte desde lejos, a medida que con el tiempo nuestra amistad perdía sus anclajes, tal vez como los van perdiendo todas las amistades universitarias.

A través de una red de amigos y conocidos, me iba haciendo una idea de las andaduras de Zafar, pero incluso antes de desaparecer, curiosamente no se sabía gran cosa de él. En algún momento de 2001, Zafar se perdió de vista por completo, transformándose desde entonces en tema de rumores esporádicos, algunos a todas luces descabellados, como que se había convertido al catolicismo y se había casado con una aristócrata inglesa, que había sido visto en Damasco, Túnez o Islamabad, que había matado a un hombre o tenido un hijo y, por ridículo que parezca, que espía para la inteligencia británica.

Aquel día de 2008, cuando Zafar reapareció en mi puerta, se quedó un momento inmóvil, durante un instante de silencio suspendido, esperando a que le hiciera pasar, y noté la chispa del reconocimiento en su mirada. La casa no había cambiado mucho desde la última vez que había puesto el pie en ella, hacía ya casi una década. Me preguntó si había arreglado la pata de la otomana del estudio. Me reí. Una de las esquinas de la otomana seguía calzada con libros.

—¿Conservas la pata?

—Sigue bajo la mesa —respondí.

—Yo la arreglaré, pero hoy no. Tengo que dormir.

Una hora después lo dejé en la habitación de invitados, volví a recoger su ropa y encontré una pequeña pila al lado de su bolsa de lona. Zafar murmuraba en sueños. Durante un minuto intenté descifrar lo que decía, pero no pude.

Llevé su colada a la lavandería, donde me fijé en las tallas de su pantalón y su camisa (ahora me hubiera gustado revisar los bolsillos, pero no lo hice). Luego, antes de volver al despacho para cumplir con unas cuantas horas inanes, me pasé por un Gap con la intención de comprarle algo de ropa nueva, como la que llevaba, pantalones *cargo* y camisas de franela. Había llegado hasta la caja antes de darme cuenta de que distraídamente había elegido unos pantalones caquis y una camisa azul de algodón. Los gustos en el vestir de un banquero son prácticamente lo único previsible en el sector.

Aquel primer día, durmió hasta bien entrada la tarde y luego se dio un largo baño. Sentado a la mesa de la cocina, recién afeitado y envuelto en un albornoz, comió una tortilla de jamón y champiñones que le había preparado, acompañados de café y zumo de naranja. Comía despacio, incluso con cuidado. Todavía parecía mayor de lo que era, aunque no tanto como lo había parecido al presentarse ante nuestra puerta. Unas arrugas irradiaban desde sus ojos, los carrillos le colgaban de la mandíbula como alforjas desgastadas en un caballo viejo, y me pregunté qué habría pasado, en cuestión de una década, en la vida del hombre que yo conocía para que ahora pareciera tan acabado. Cuando terminó de comer, recogió el cuchillo y el tenedor, empujó el plato hacia delante y empezó su historia.

El bienestar general de nuestro imperio oriental

La cuestión de nuestra política en la frontera noroeste de India es de suma importancia, dado que afecta al bienestar general de nuestro imperio oriental, y resulta especialmente interesante en el momento actual, cuando se están llevando a cabo operaciones militares de una escala considerable contra una coalición de tribus independientes a lo largo de la frontera

Debe entenderse que la situación actual no es meramente un repentino estallido de violencia por parte de nuestros turbulentos vecinos, sino que es consecuencia de sucesos acontecidos en años pasados.

En las páginas siguientes, he intentado ofrecer un breve resumen histórico de sus diversas fases, con la esperanza de ayudar en cierta medida a los lectores a comprender la situación general y a formarse una opinión correcta de la política que debe adoptarse en el futuro.

—GENERAL SIR JOHN ADYE,
Indian Frontier Policy: An Historical Sketch, 1897

Cuando llevaron a Mahmoud Wad Ahmed encadenado ante Kitchener tras su derrota en la Batalla de Átbara, Kitchener le dijo: ¿Por qué has venido a saquear y asolar mi país? Era el intruso el que planteaba la pregunta a la persona de aquella tierra, y el dueño de la tierra agachó la cabeza y nada dijo. Que sea también mi caso... Sí, mis estimados señores, he venido como un invasor a sus propios hogares: una gota del veneno que ustedes han inyectado en las venas de la historia. «Yo no soy Oteló. Oteló era una farsa.»

—TAYEB SALEH,
Season of Migration to the North

El viernes 22 de marzo de 2002, subí a bordo de un Cessna bimoto en un aeródromo en las afueras de Islamabad. Ya acomodados estaban tres pasajeros y, separados por una cortina todavía atada, dos miembros de la tripulación. Mary Robinson, la Alta Comisionada de la ONU para los Derechos Humanos, se sentaba con un grueso expediente sobre el regazo y su precario peinado rozaba el casco curvo del avión. Sila Jalaluddin, esposa de Mohammed Jalaluddin se sentaba frente a ella y, cuando entré, hizo un gesto con la cabeza al reconocermé, pero después no entablamos conversación. Detrás de ellas había otro par de asientos. En uno había un joven al que no reconocí, con traje y corbata, y con un maletín metálico apoyado en la parte inferior de la pierna. El otro asiento permanecía vacío, esperándome. Yo iba de camino a Kabul, con un propósito todavía sólo vagamente definido. Me habían pedido que fuera el Relator de la ONU para Afganistán, y Emily, que trabajaba para Jalaluddin en la nueva agencia de reconstrucción que él dirigía. Pero mis funciones eran tan poco concretas que no pude evitar pensar que iba para encontrarme con Emily. La tarea que debía cumplir, al menos tal como constaba en la documentación, era servir de asesor para un departamento de la nueva administración afgana. Había incontables asesores en Kabul, tantos como perros callejeros en Mumbai; los asesores incluso contaban a su vez con asesores, y ninguno de ellos tenía menos cargo que «asesor especial» o «asesor *senior*».

Poco después de despegar, un reactor de la Fuerza Aérea estadounidense se colocó a nuestra altura. Un rayo de sol se asomó desde la cúpula de cristal de su cabina y llameó antes de apagarse. El avión iba a escoltarnos durante todo el viaje. Un F-15 Eagle, me gustaría decir, aunque, ¿qué sé yo? Era un caza. Una imagen perfectamente reconocible. Sí, se colocó a nuestro lado exactamente como hacen los cazas en todas las películas. Uno percibe la sensación de potencia no por el momento que vive sino a través de la luz concentrada de las incontables descripciones fílmicas del poder militar estadounidense. ¿Qué senador inteligente no sabe que puede reunir el apoyo de un pueblo predisuesto a creer que puede hacer las cosas que sus chicos, las versiones heroicas de sí mismos, hacen en la pantalla grande? La realidad no es rival para la fantasía. Pero no creas que los senadores y congresistas creen otra cosa; ¿cuántos de esos senadores, ellos mismos criados con

una dieta de imágenes de satélite de miras en cruz de láser rojo cerniéndose sobre bases enemigas, de siluetas agazapadas de soldados de operaciones especiales entrando en tiendas enemigas en el desierto, una dieta de furtivas acciones encubiertas y victorias; cuántos senadores han desarrollado su concepción de lo que América puede hacer a partir de lo que han visto en las pantallas de cine americanas?

Amo América por una idea. La realidad es importante, pero ambigua. En Senegal, hay un edificio donde tenían a los esclavos antes de mandarlos al Nuevo Mundo. Se construyó el mismo año que se redactó la Declaración de Independencia americana. Amo América por la idea clara de lo que subyace detrás de la realidad borrosa. Sin la idea, los placeres de América serían mero accidente, simples hechos transitorios soltados al desgaire por la mano del destino para que se los lleve el viento. ¿Y cuál es esa idea? Es la de esperanza, la grandiosa y audaz idea que hace que el británico se ruborice de vergüenza. Puede que sea una idea que no le importe a todo el mundo, pero es la que yo necesito, la que quiero. Amo ese país porque primero se fija en adónde vas, no en de dónde vienes; por su esplendoroso optimismo frente a las resistencias grises de Europa, más puras aún en Gran Bretaña, de manera que en América me siento –soy– un ser sexual. Antes del 11S, yo era invisible, asexual. ¿Cómo es posible que después del 11S de repente se fijaran en mí, es más, no sólo se fijaban sino que me consideraban atractivo, me lanzaban una segunda mirada, me evaluaban, incluso me guiñaban el ojo?, ¿fue el efecto secundario de haber dejado de ser un mueble del fondo, el que se fijaran, o acaso era algo más enfermizo? ¿Esta persona entre nosotros ya no era el sumiso indio, el dócil paquistaní, el cipayo, sino un hombre completo? Antes del 11S, yo estaba oculto detrás del muro de la culpabilidad colonial después de haber sido emasculado por una historia de sometimiento.

Zafar parecía que se dejaba llevar por su encomio de América, y es posible que se me escapara una sonrisa. Al cabo de unos momentos, reanudó su relato.

Con el F-15 Eagle a nuestro lado, prosiguió, sobrevolamos parte del terreno más espectacular que había visto en mi vida. Los aviones pequeños no suelen volar a mucha altura, las sombras oblicuas del sol matinal acentuaban el relieve de la tierra, y los dos

aviones proyectaban a su vez sombras huidizas sobre el paisaje, así que no era muy difícil imaginarnos entretejiendo urdimbres entre las montañas y colinas del noreste de Afganistán. En algún punto no muy lejano, en la inmensidad de las montañas de Tora Bora, se nos decía por entonces, se hallaba Osama Bin Laden, un hombre perseguido incluso antes de su orgullosa reivindicación y, pensábamos, alguien que no tardaría en ser encontrado. Mientras miraba por la ventanilla veía una tierra más inhóspita y más hermosa que nada que hubiera visto hasta entonces en Bangladés, y entendí cómo este lugar tan difícil de habitar hizo brotar un romance que lo condenó a las intrigas de Occidente. El Afganistán de ahí abajo era austero, no había hierba, ni una brizna, no era ni exuberante ni verde ni húmedo, como lo era Blangadés, sino que sólo se veía una tierra de tonos terrosos y polvorientos. Mientras mi hermosa región de Sylhet cantaba la canción de las estaciones, de un ciclo anual, la desolación yerma y mellada de Afganistán entonaba un canto fúnebre de asombro antiguo, los accidentes abruptos de la tierra preparados para recibir a jinetes caídos, al viajero perdido y a todas las tribus masacradas. Entendí por qué el europeo se sintió atraído hacia un lugar así, vi por qué quiso recorrer las incontables rutas de la seda que se entrecruzaban en este trecho de Asia Central, y, en mi oído interior, oí los sermones de los colonialistas y los poscolonialistas británicos que compartieron el pan con los nativos para volver a casa con algunas historias maravillosas tras haber sobrevivido a las montañas y a las hordas musulmanas, o proclamando la humanidad de los afganos y subrayando con ilimitada compasión la necesidad de tender puentes entre las culturas.

A una distancia prudencial, el avión seguía el contorno de un terreno escarpado, quebrado aquí y allá por un esporádico y abrupto afloramiento rocoso, e imaginé que si cerraba un ojo, podía extender el dedo y pasarlo por el filo mellado. Pensé en los mapas acotados que utilizan montañeros y guías de senderismo, mapas que mediante líneas que unen puntos de la misma altura te dan una imagen en dos dimensiones del relieve tridimensional del mundo conocido. Hubo una época en que veías ese mismo concepto reflejado en los mapas del tiempo de la televisión, en las isobaras, esas líneas curvadas que señalaban zonas con la misma presión atmosférica, antes de que todo se hiciera aún más sencillo

con brillantes soles con pétalos, como los que dibujaría un niño, y nubes burbujeantes. Los mapas, los acotados y todos los demás, nos intrigan porque son metáforas: herramientas que nos dan una idea de algo cuya verdad es mucho más rica pero sin los cuales no percibiríamos nada y nunca nos orientaríamos. Eso es lo que hacen misteriosamente los mapas: eliminan información para proporcionar, al menos, cierta información.

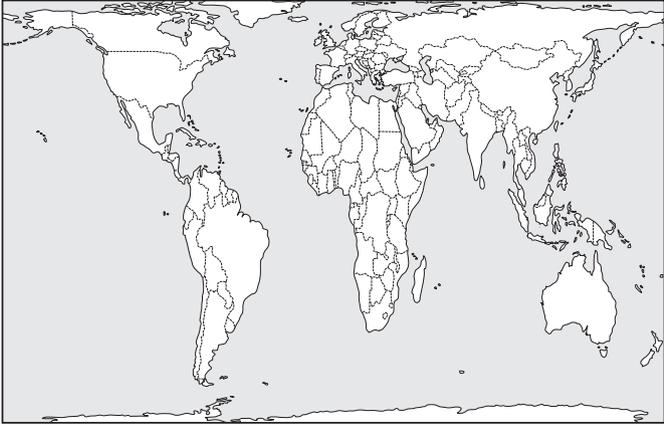
–Como el plano del metro de Londres –dije.

Nunca te aclara, prosiguió Zafar, dónde está en la superficie ninguna estación dada. En cierto sentido, no es un mapa sino un diagrama; no es topográfico sino topológico y la cuestión es siempre: ¿qué uso se imaginó para este mapa? Harry Beck, el hombre que lo diseñó, debió de darse cuenta de que cuando vas en un tren subterráneo, la verdad es que no te importan mucho ni la ubicación geográfica ni las distancias. Como se sabe, si sigues el plano, para ir de Bank Station a Mansion House tomarías un tren de la Central Line hasta Liverpool Street, transbordarías a la Circle Line y te bajarías al cabo de cinco estaciones, en Mansion House. Pero cuando sales a la superficie, si miras la calle descubres que no te has desplazado ni cuatrocientos metros. El plano te ayuda a desplazarte por su propio mundo esquemático y te requiere abandonar la realidad de asfalto, edificios y parques. Sólo después, sales y de nuevo encuentras Londres.¹

Las reflexiones sobre mapas topográficos me vinieron a la cabeza en aquella cabina mientras contemplaba los valles desde las altu-

1. La charla de Zafar sobre los mapas continuó, pero he optado por incluirla aquí como una nota al pie de página. Me recuerda un fragmento de *El filo de la navaja* de Somerset Maugham (un autor que me gustaba mucho de niño) en el que el narrador dice: *Me pareció oportuno advertir al lector que puede saltarse este capítulo sin perder el hilo de la historia que tengo que contar, dado que en su mayor parte no es nada más que el relato de una conversación que mantuve con Larry*. Tras haber despachado de ese modo el fragmento, el narrador prosigue, ilógicamente me parece, y afirma: *Sin embargo, debo añadir que, de no haber sido por esta conversación tal vez nunca habría considerado que valiera la pena escribir este libro*.

Me abstendré de un apéndice como el de Maugham, e incluiré seguidamente la charla de Zafar sobre las proyecciones cartográficas. He añadido dos gráficos extraídos de internet, que corresponden a los que el propio Zafar esbozó burdamente en el curso de la charla.



-¿Has visto –me preguntó Zafar– la proyección de Peters?

-He oído hablar de ella.

-¿La has visto?

-Me parece que no.

-Es una versión del mapa del mundo en la que las superficies terrestres se reproducen de manera proporcional –dijo Zafar.

-Es ésa en la que –le interrumpí– África parece inmensa. Sí, la recuerdo.

-África parece inmensa porque es inmensa. De hecho, en la proyección de Mercator, que es, con diferencia, la más usada, la que todos reconocemos, la que todos recordamos, Groenlandia se reproduce más grande que África, cuando en realidad cabrían catorce Groenlandias en el conjunto de África.

-No tenía ni idea.



ras. No hablé con los demás pasajeros, apenas si intercambié algún comentario amable, y cuando el sol brillante se alzó desde detrás de una nube, escondí la cara en el ejemplar del *Infierno* de Dante, que

–La cosa mejora –dijo Zafar–. En la proyección de Mercator, Brasil tiene aproximadamente el mismo tamaño que Alaska, cuando en realidad es tres veces mayor. Otro extraño detalle es que Finlandia parece más larga, de norte a sur, que India. Cuando de hecho es al contrario.

»Cuando se presentó por primera vez en la década de 1980 –prosiguió mi amigo–, la proyección de Peters armó mucho revuelo, precisamente porque era obvio que la selección de la proyección del mapa tenía implicaciones políticas para la manera en que vemos el mundo. Los críticos de la proyección de Mercator habían señalado sus defectos, y tenían sus razones; después de todo, ¿cuántos escolares han mirado los mapas y preguntado cuál es el país más grande del mundo?

»El problema básico de trazar un mapa del globo es cómo trasladar la superficie curva de la tierra, un esferoide achatado, a una superficie plana. Y hay otra dificultad: Nunca encontrarás ningún límite. Puedes desplazarte sin parar alrededor del mundo. Pero si estás en un mapa, una hoja rectangular de papel, y haces lo mismo, tarde o temprano llegarás al margen del papel. Conseguir una representación de la superficie curva de la tierra en una hoja de papel plana con sus límites, ésa es la función de la proyección.

»Te enfrentas al mismo problema al traducir poesía. Partes de un idioma y tienes que proyectar la obra en otro. Y la semejanza es aún mayor. En las proyecciones de mapas, hay diversas cosas que quieres conservar, como el área, las distancias, los ángulos en los triángulos, y demás. Pero el problema es que no puedes conservarlos todos. La matemática no lo permite. Tu mapa plano no puede reflejar cada uno de esos detalles ni siquiera aproximadamente. Tienes que elegir cuáles quieres conservar. Y es ahí donde entra la selección de la proyección.

»Hay una forma fácil de mostrar cómo se llega a la proyección de Mercator. Coges una pelota y le cortas las partes de arriba y de abajo. Luego imagina que la estiras de manera que acabe pareciendo un tubo hueco. Entonces cortas en línea a lo largo del tubo hueco. Así que puedes desplegarlo sobre una mesa. Ten en cuenta que ya has perdido la parte superior e inferior de la pelota y, de hecho, si miras el mapa del mundo de Mercator más común, verás que no refleja los polos, ni el norte ni el sur, ni siquiera las pequeñas regiones que se extienden a su alrededor. Ésa es la proyección de Mercator, pero hay otras formas de proyectar el mundo.

–¿Y la semejanza con la poesía? –pregunté.

–El trabajo del cartógrafo consiste en tomar el material que existe en la superficie del globo –lagos, montañas y ciudades– y representarlo en una superficie plana. El traductor toma un poema, un texto, en un idioma dado, y su

me había enviado Emily cuando estuve hospitalizado. Una vez estuve ingresado en un hospital psiquiátrico.

Si los ojos de Zafar reflejaron una confirmación de la acusación latente que yo percibí en sus palabras, la verdad es que no la vi. Me

tarea es la de intentar representar aspectos del poema –la rima, la métrica, el ritmo, las metáforas y el sentido– en otro idioma. Un cartógrafo no te da un globo en miniatura que reproduzca a la perfección sobre él todos los detalles que tiene el propio globo terrestre. El traductor tampoco te da simplemente el poema en la lengua original acompañado de un diccionario de húngaro.

»Los dos hombres se enfrentan al mismo problema, a saber: que no pueden capturarlo todo con exactitud y tienen que renunciar a ciertas cosas para transmitir al menos una parte. Al pasar de la superficie esférica de la Tierra a la superficie plana de un mapa, el cartógrafo quisiera, idealmente, preservar ciertos aspectos tales como las distancias relativas (para que la distancia entre Islambad y Kabul guarde la proporción justa con la distancia entre Londres y Dacca en el mapa, como la guarda en el mundo real), las áreas relativas (para que la ratio de la superficie de Nigeria con respecto a la del barrio de Brooklyn sea la misma sobre el mapa que en el mundo real), los ángulos (para que el ángulo delimitado en la base aérea de Bagram a las afueras de Kabul por las líneas que llegan a esa base desde la isla de Diego García en el océano Índico, sede de una base americana, y desde la de Brize Norton de la RAF en el Condado Real de Oxfordshire, sea el mismo en el mapa que en el mundo real), y así sucesivamente. Hay muchos aspectos más, aparte de los pocos que he mencionado, pero lo cierto es que el cartógrafo no puede conservarlos todos.

»Todo depende de lo que quieras que muestre el mapa y del uso que vayas a darle. La gente dice que en la traducción siempre se pierde algo, pero lo cierto es que en la traducción también puede ganarse algo. Un cartógrafo puede añadir detalles, como límites o fronteras que pueden o no tener una manifestación física sobre la tierra. Pero incluso si hay una valla para señalar el filo del mundo, esa valla no es lo mismo que la frontera política representada en el mapa: una fisura en la valla no invalida la frontera política. Después de todo, la línea roja del mapa no representa la valla y, de hecho, la propia valla sólo representa la frontera.

»Pero el sentido de todo lo anterior es que todas estas representaciones o traducciones surgen de necesidades. En consecuencia, la pérdida de información y comprensión que implica todo acto de representación es consecuencia de un acto de destrucción que cumple una necesidad. Tal vez parezca que hemos avanzado un paso, pero lo cierto es que dimos un paso atrás y dos adelante. Cada vez que queremos comprender algo, tenemos que simplificar y reducir y, no hay que olvidarlo, renunciar a la perspectiva de llegar a comprenderlo todo y así despejar el camino para comprender al menos algo. Esto, creo, es aplicable a toda indagación humana.

acordaba, claro. Pero era un recuerdo desagradable, por varias razones, y me avergüenza reconocer que entre el aterrizaje de Zafar ante mi puerta y el momento de la conversación en que me recordó el hecho, ni una vez me había acordado de ningún detalle de aquel episodio. Más bien al contrario, lo había borrado de mi memoria.

Llegamos, prosiguió, a la base aérea de Bagram en las afueras de Kabul. La línea del contorno montañoso se alzaba bajo el sol, pero era un sol impotente, brillante pero sin calor, de forma que cuando se abrió la puerta del avión y salí detrás de Mary Robinson y Sila Jalaluddin, el aire frío de marzo me golpeó como una bofetada gélida en la cara. Así fue cómo me recibió Afganistán.

Un Land Rover me llevó cerca de Shar-e-Naw al AfDARI, el Instituto para la Reconstrucción, la Ayuda y el Desarrollo Afgano, una organización que, no tardé en comprender, todavía tenía que hacerse merecedora de su grandilocuente nombre. El vehículo aceleraba en todos los cruces; en aquellos días, se había dado orden a los soldados de la ISAF¹ para que nunca se detuvieran durante sus trayectos, con lo que el caos se adueñó de una ciudad infestada de Land Rovers, Pajeros, Land Cruisers y los monstruosos Humvees. En el AfDARI, un ordenanza me condujo a la casa de invitados indicándome con gestos el camino. Pasamos por delante de un baño compartido fuera del dormitorio, con un retrete y un gran cubo de agua en cuya superficie flotaba una taza de hojalata. La habitación estaba vacía, salvo por una cama individual, una pila de mantas y, junto a la cama, una mesita de tres patas, aunque una, me fijé, parecía proceder de otra mesa, con un color y una forma bastante diferentes, y también distinta altura, lo que inclinaba ligeramente la mesita. La pintura que se descascarillaba de las paredes sugería otra historia, y yo ya sentía que ese lugar ocultaba una acusación contra alguien. El ordenanza señaló una toma de corriente cerca de la puerta, agitó la mano y negó con la cabeza. O bien no funcionaba o bien no podía usarla; supuse que se trataba de lo segundo, dado que si no funcionaba, lo habría descubierto por mi cuenta y él no tendría que preocuparse. En el rincón de enfrente, una *bukhari*, una

1. Zafar se refiere a la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad.

estufa de queroseno que acabaría viendo en todas partes, pero que todavía no había sido encendida. A mi espalda, me fijé que la puerta de la habitación tenía cerradura y llave. Había ventanas que daban al patio, con unas cortinas a medio correr. Al otro lado de la habitación, había lo que parecía otra ventana, que daba a la parte de atrás. Cuando di un paso para acercarme, vi que el armario que había junto a la cabecera de la cama, un mueble de aglomerado, estaba encajado bajo la manija de una puerta y lo habían calzado con unos trozos de madera, se diría que para elevarlo a la altura necesaria. Lo que al principio me había parecido una ventana era en realidad la parte superior de una puerta, y el armario hacía las veces de improvisado cierre. Era, me fijé, una vía de salida. A través del cristal, vi la silueta de un árbol sin hojas, cuyas ramas se dividían interminablemente, oscuras como si las hubieran sumergido en alquitrán, y me vino a la cabeza la imagen en rayos X de un pulmón canceroso y ennegrecido, una de esas imágenes pensadas para meternos miedo.

Lo primero que supe del AfDARI me lo contó el director del programa, Suleiman, que vino a verme a mi habitación avanzada la tarde, poco después de mi llegada. El AfDARI había sido creado por la agencia australiana para la ayuda exterior, con la aquiescencia de los talibanes, unos años después de la retirada soviética a principios de la década de 1990, aunque su financiación procedía de distintas fuentes. Participaba en diversas y pequeñas actividades de asistencia y desarrollo básicamente concentradas en Mazar-e-Sharif, Kandahar y, por supuesto, Kabul, pero ahora se estaba viendo marginada por la UNAMA,¹ me explicó Suleiman. Era un joven alto, sin barba, e iba vestido con ropa occidental, lo que planteaba la inevitable cuestión de si su aspecto había sido distinto en la época de los talibanes, es decir, hacía sólo unos meses. Me contaría que había pasado dos años en la Universidad de Indiana, en Estados Unidos, lo que indicaba que debía de pertenecer a una familia bien relacionada, y ahora era el segundo del instituto. El rasgo más distintivo de Suleiman era, con diferencia, sus ojos, no su color de un gris claro, ni sus grandes pestañas arqueadas, sino la manera en que se movían, sus desplazamientos rápidos de un lado a otro, hacia la puerta, las ventanas, y, más tarde, en el exterior, a su alrededor.

1. Misión de Asistencia de las Naciones Unidas en Afganistán.